

A pesar de ello, sigue todavía propagándose la idea de que Pío XII no hizo nada o bastante poco por los judíos. En relación con ello, Dalin se muestra especialmente crítico con la película *Amén* (2002), de Constantin Costa-Gavras, que se inspira en la ya citada obra teatral de *El Vicario* (calificada de «infamante» por Dalin) y que forma parte de lo que el autor denomina «guerra cultural de Hollywood». En ese sentido, el autor se muestra francamente indignado por el hecho de que todo esto haya tenido lugar en unas décadas caracterizadas por un fuerte antisemitismo protagonizado no por los católicos, sino por los musulmanes. Frente a ellos Dalin destaca la figura de Juan Pablo II, cuyo pontificado se empeñó en «(...) mantener vivo el recuerdo de la Shoah en el corazón del mundo católico». Algo que a su juicio no es novedoso, pues considera que en el inicio del siglo XXI la Iglesia Católica lo que realmente hace es mantener la misma postura amistosa que en su momento manifestó Eugenio Pacelli ya fuera como Secretario de Estado o como Papa.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

LAZCANO, RAFAEL, *Historia de la Conferencia Española de Religiosos (CONFER). Nacional-Regional-Diocesana (1953-2003). La vida religiosa en España* (Autor-Editor, Madrid 2007), 836p., ISBN: 978-84-612-0212-6

A pesar de que las órdenes religiosas constituyen uno de los pilares fundamentales de la Iglesia Católica, el organismo que las agrupa desde 1953 se encontraba todavía sin una obra que fuera capaz de hacernos llegar la importancia de su tarea. Esto es precisamente lo que logra a través de este libro Rafael Lazcano, un destacado historiador de la Iglesia que, a pesar de contar ya con una importante trayectoria a sus espaldas, es posible que con esta importantísima monografía alcance el reconocimiento que probablemente los especialistas en el tema no hemos sido todavía capaces de tributarle. Porque esta Historia de la CONFER es sencillamente algo abrumador, podría dar lugar no a una, sino a varias tesis doctorales. Es tal la riqueza de fuentes, la manera en que lo ha sistematizado y, en definitiva, la proyección que ha sabido dar a la Historia de este organismo católico, que podemos adelantar ya que, a partir de ahora, se convertirá en una indiscutible e indispensable obra de referencia para todos aquellos que quieran acercarse al mundo de las órdenes religiosas españolas.

Y es que no son pocos los libros que se han escrito sobre las diferentes órdenes religiosas. Quizás los más numerosas sean los referidas a los jesuitas, pero también son muy importantes los escritos sobre agustinos, claretianos, carmelitas (ya sean calzados o descalzos), dominicos, franciscanos... Sin embargo, nunca antes habíamos contado con un estudio tan sistemático, donde por no echarse en falta no se echa siquiera un completo índice onomástico, que concede al lector la facilidad y comodidad de ir directamente a aquellos protagonistas históricos que más le interesan. Con razón ha dicho en el prólogo Clemente Serna, Abad de Silos, que «...estamos ante un reto personal del autor y a sus muchas e intensas horas de búsqueda y ordenación de tantos valiosos documentos». Así es, para realizar un trabajo tan completo son necesarias muchas horas de estudio, pero resulta evidente que Rafael Lazcano no ha esca-

timado ningún esfuerzo en ello. Ahora recoge los frutos, y los historiadores de la Iglesia se lo agradecemos, porque contaremos desde este momento con todo un punto de referencia.

En ese sentido, debe destacarse un primer aspecto en el conjunto de la obra: el autor ha tocado todos los elementos relacionados con las órdenes religiosas. Siglas, abreviaturas, año de fundación, fundador, carácter de la orden, etc., todo ello se encuentra dentro de este completísimo estudio. Sin embargo, no se trata de una especie de enciclopedia sobre la órdenes religiosas, sino de un libro sobre el organismo que las aglutina (la CONFER). Así, Rafael Lazcano ha estudiado desde el momento mismo de la fundación de la CONFER (finales de 1953), hasta prácticamente el momento presente (se queda en el año 2003, por tanto, la obra sirve para celebrar el medio siglo de vida de la CONFER). Todos los temas posibles han sido tratados: regulación jurídica, sedes físicas del organismo, institutos que fomentan la vida consagrada (y que, por tanto, se encuentran directamente relacionados con la CONFER), servicios que presta (en la sanidad, en la conservación del patrimonio histórico-artístico, en la administración y gestión de bienes y servicios), etc. También hay lugar para los protagonistas más destacados de esa vida religiosa, e incluso se ha analizado el papel de la CONFER tanto en las diócesis como en las diferentes regiones que integran España. Esto último resulta particularmente interesante, en la medida que nos permite conocer el papel desempeñado por las máximas autoridades de cada diócesis en el establecimiento y desarrollo de la CONFER, en la evidencia de que clero diocesano y órdenes religiosas son, en definitiva, elementos dedicados a una misma tarea evangelizadora.

El autor justifica al inicio de la obra las razones de esta investigación: en 1969, un ministro tan *catolicísimo* como era Antonio María de Oriol y Urquijo (titular, entonces, de la cartera de Justicia), al recibir a los representantes de la CONFER, dejó literalmente perplejos a éstos cuando reconoció que no sabía siquiera acerca de la existencia de la CONFER. Y todo eso en un estado que entonces se reconocía como confesionalmente católico, con una fuerte unión Iglesia-Estado garantizada por el Concordato de 1953. Sin embargo, como pone de manifiesto Rafael Lazcano, no era sólo el poder político el que desconocía qué era la CONFER. La Iglesia diocesana, salvo algún caso aislado, tampoco tenía muy claro qué era la CONFER a la altura de 1979, cuando hacía ya un cuarto de siglo desde la fundación de ésta. En efecto, la CONFER había sido erigida canónicamente por la Sagrada Congregación de Religiosos el 8 de diciembre de 1953, y desde el primer momento contempló tanto a las órdenes religiosas masculinas como a las femeninas. Sin embargo, como así pone de manifiesto el autor, en realidad puede decirse que durante casi cuatro décadas hubo dos CONFER, precisamente una masculina y otra femenina, hasta que el 18 de noviembre de 1994, por acuerdo de ambas partes, se erigió la actual CONFER, que es única y mixta en todos sus niveles.

Rafael Lazcano afirma que la CONFER fue, desde el primer momento, una decidida impulsora de las reformas emprendidas por el Concilio Vaticano II, aunque ello no evitó que dentro de ésta se dieran, como en tantos otros lugares de la Iglesia, unas fuertes luchas entre los miembros que la componían, pues mientras unos veían al Concilio como un error histórico que el tiempo se encargaría de corregir, otros consideraban que se trataba de una oportunidad histórica para llevar a cabo ese «aggiornamento» o «puesta al día» que promovía el mismísimo Pablo VI. En ese sentido, fueron

no pocos los religiosos que consideraron que el Vaticano II suponía una renuncia explícita a los privilegios que otorgaba el Concordato de 1953, pronunciándose hacia una rotunda ruptura con dichos privilegios como manera de lograr una vida religiosa más auténtica. En ese sentido, los estatutos de la CONFER masculina reflejarían sólo en parte los nuevos tiempos conciliares. Como señala el autor, éstos fueron reformados en 1969 siguiendo las orientaciones del Vaticano II, pero lo hicieron con una frialdad y falta de profundidad más que evidente, circunstancias todavía más visibles en el caso femenino, donde se cuidó mucho más la forma que el fondo.

Si había dos CONFERS (una masculina y otra femenina), con estatutos propios cada una de ellas, entonces resultaba totalmente esperable que hubiera dos sedes diferentes. Sin embargo, ambas han estado en el mismo lugar prácticamente hasta la unión de 1994: sólo habría separación entre 1958 y 1972, coincidiendo antes y después de estas fechas. Desde hace casi quince años, la CONFER se sitúa en la calle Alfonso XIII de Madrid, a una distancia relativamente cercana de la actual sede de la Conferencia Episcopal española, localizada en la calle Añastro. Sin embargo, la CONFER masculina, al menos si lo medimos desde el punto de vista de las asambleas generales, se ha mostrado mucho más activa que la femenina: hasta la fusión de 1994, los religiosos celebraron casi 35 asambleas por sólo 11 de las religiosas. A partir de entonces, las asambleas serían de carácter anual, analizando el autor todas ellas hasta el año 2003, en que tuvo lugar la X Asamblea General.

A continuación, Rafael Lazcano analiza las relaciones entre obispos y órdenes religiosas. Una visión, en todo caso, global, ya que más adelante irá diócesis por diócesis examinando cómo ha sido esa relación. En ese sentido, pueden entreeverse desde el principio momentos tanto de colaboración como de tensión: colaboración en la medida en que los religiosos estaban dispuestos a seguir las orientaciones pastorales de los obispos, y tensiones en la medida en que éstos intentaran mantener su autonomía respecto a la máxima autoridad diocesana. No ha sucedido igual con la Santa Sede, con quien la CONFER, según el autor, ha mantenido a lo largo del período 1953-2003 unas relaciones bastante cordiales.

Da la impresión, en relación con ello, de que el autor considera que la actuación de la Iglesia diocesana, y en particular de los obispos que la representaban, no ha sido especialmente loable. De hecho, Lazcano afirma que fue a finales de la década de los ochenta cuando se pudo palpar un avance de los obispos «en la comprensión y estima por la vida religiosa activa», pero que esto se había producido solo «ligeramente». En realidad, tal y como podemos comprobar a través de los datos que el autor presenta, se trataba ciertamente de un fenómeno preconiliar, ya que, antes de finalizar el Vaticano II (concretamente en 1963), en España sólo había cuarenta y dos parroquias encomendadas a religiosos, no lográndose rebasar la barrera del millar hasta mediados de los ochenta. Y es que, también en el terreno episcopal, la mayor parte de los puestos han sido tradicionalmente «copados» por el clero diocesano, llegando a obispos sólo catorce miembros del clero regular, cifra que contrasta con la importante cantidad de prelados que han sido nombrados para ejercer su misión fuera de España.

Quizá por ello, y por supuesto recordando de nuevo el rigor que caracteriza a esta obra, lo que encontramos en numerosas ocasiones a lo largo de sus páginas es una reivindicación permanente del papel desempeñado por las órdenes religiosas en la Historia reciente de la Iglesia Católica en España. De hecho, el autor dedica un capí-

tulo entero a la *Federación del Apostolado de la Palabra* (FEDAP), en la idea de que éste tuvo mucho que ver con la reconstrucción espiritual de España producida tras la persecución religiosa durante la Guerra Civil. En ese sentido, la profunda acción evangelizadora llevada a cabo por los religiosos no se limitaba sólo a nuestro país, sino que ha sido muy importante en Latinoamérica, para lo cual se constituyó en 1957 un «equipo misionero» en el seno de la propia FEDAP, equipo que lograría, sólo entre 1958 y 1966 (según un informe de la FEDAP) veinticinco millones de evangelizaciones. El auge de esta labor misionera fue lo que llevó a la creación de la Escuela Superior de Formación Misionera, escuela en la que, por cierto, jugó un papel muy destacado la orden de los dominicos. Sin embargo, como pone de manifiesto Rafael Lazcano, en el momento en que ésta resultaba necesaria, fue cuando más sumida en el olvido se la dejó, lo que llevó a que ésta cesara en su actividad a finales de los ochenta: no obstante, el autor afirma que ésta desarrolló una «... intensa labor docente a favor de la formación y actualización teológica de los misioneros, bien sean religiosos, religiosos y seculares». En relación con ello, la labor misionera también se ha resentido de la evidente crisis que vive la Iglesia española desde hace décadas, y que ha hecho menguar el número de efectivos en todos los órdenes: si en 1960 eran 26.264 los misioneros religiosos españoles, en 2005 este número se ha reducido a 13.403.

El autor decide profundizar en el tema de la formación de los religiosos en el siguiente capítulo, dedicado a los institutos para la formación. Y lo inicia con una especie de homenaje a las religiosas españolas, a las que reconoce sus numerosas obras educativas y sociales y a las que evidentemente perdona su escasa formación intelectual, afirmando que, si ésta era pobre, ello se debía en exclusiva a sus superiores mayores y a la jerarquía eclesiástica. En ese sentido, el autor se manifiesta «con rotundidad»: una de las carencias más significativas de la vida religiosa española a mediados del siglo xx era la formación de las religiosas, ya que éstas habían ingresado en la vida religiosa sin estudios ni preparación. Lo que le permite de nuevo reivindicar el papel desempeñado por la CONFER, en el sentido de dedicarse plenamente a esa formación de la que nadie antes se había ocupado. Fue así precisamente como nació, por ejemplo, la Escuela de Teología para Religiosas *Regina Virginum* (1958), cuyo primer director sería, sin embargo, un religioso (el claretiano Máximo Peinador). A este instituto se irían agregando otros, o que ya existían (caso del *Lux Vera* de La Coruña o el *Mater Immaculata*, de Roma), o que se fundaron después (*Santa Teresa*, de Granada, o *Mater ecclesiae*, de Madrid). El *Regina Virginum* acabaría cesando en su actividad casi dos décadas después, pero su legado en la formación de religiosas fue, como señala el autor, muy destacado.

También los centros de formación para religiosos son estudiados en profundidad por Rafael Lazcano, llegando incluso a proyectarse un centro universitario autónomo propio que quedó en eso, es decir, en un mero proyecto. Desde esa perspectiva, el autor se muestra muy crítico con los superiores mayores, a los que acusa de pasividad, inhibición y dejadez en lo concerniente a estudios, cultura y formación. No falta la ironía en el relato de Lazcano, quien cree que dichos superiores mayores, si no habían hecho más por el tema de la formación, era seguramente porque querían «dedicarse a otros asuntos más sublimes».

Da la impresión de que sí fue más exitoso el tema de la formación espiritual de los religiosos, quizá porque en este terreno había mayor tradición. Este tema será abor-

dado, como en capítulos anteriores, de manera ciertamente exhaustiva. También analiza con detalle la relación entre la CONFER y la vida contemplativa. Aquí la CONFER no podía limitarse a la formación teológica, sino que, dado que dichos conventos (en particular los de clausura) habían de ser capaces de producir los propios recursos con los que vivir. De ahí que a mediados de los sesenta se impartieran, por ejemplo, cursos de apicultura y artesanía, además de otras actividades formativas. Actividades que resultaban muy necesarias puesto que, según el autor, muchos monasterios femeninos contemplativos se habían convertido en auténticas «bolsas de pobreza». La necesidad de llevar a cabo una actividad conjunta que permitiera fortalecer esta forma de vida religiosa fue lo que llevó a una histórica reunión, en julio de 1971, del llamado «Grupo Monástico» de la CONFER, y en la que estuvieron presentes los principales representantes de los grandes monasterios de España (Santa Cruz del Valle de los Caídos, Santa María de Huerta, Silos, Viaceli, El Paular, etc.), además de adherirse a dicha reunión otros destacados centros de este tipo (por ejemplo, Dueñas, Montserrat o Valvanera). Aquí se vuelve a producir una nueva reivindicación por parte del autor: «La vida contemplativa en España no está justamente valorada, se presenta como algo irrelevante a los ojos de la sociedad en su mayoría. No comprenden que existan hombres y mujeres dedicados a la oración, a la alabanza y adoración a Dios con intensas experiencias de silencio y de contemplación».

¿Y qué es lo que ha aportado la CONFER en el terreno de las vocaciones a la vida consagrada? Desde luego, no puede decirse que se mantuviera al margen de este tema, pues, de hecho, se creó en los años sesenta un *Secretariado Nacional de Vocaciones de la CONFER* (SVC). Sin embargo, aquí hubo una importante pugna con la CONFER femenina, que quería no un secretariado único, sino uno para cada rama, lo que generaría importantes tensiones a comienzos de los años setenta. No obstante, la CONFER fue capaz de superar esta situación de indefinición y división, aunque para ello necesitó llevar a cabo un importante perfeccionamiento de su organismo. Por cierto que el autor aprovecha este capítulo para señalar lo que, en su opinión, debe ser el futuro modelo de vida religiosa, un modelo que, a su juicio, deberá marcarse los siguientes objetivos si quiere afrontar con éxito los retos que plantea el futuro: obtener una satisfactoria relación humana, basada en la fraternidad y la comunión; superar el clericalismo; reconocer los carismas laicales; vencer la discriminación inter-congregacional e intraeclesial; apostar por los laicos y por la mujer; y, lo más importante, «... mostrar un desinteresado servicio al servicio al Reino en este mundo tan complicado como cambiante».

Por otra parte, las actividades sociales constituyen un capítulo muy interesante de la actividad de la CONFER. Actividad que iniciaría en septiembre de 1954 con la distribución de la *Ayuda Social Americana*, una ayuda procedente de la *Nacional Catholic Welfare Conference* de los Estados Unidos (lo que equivaldría a la *Caritas* norteamericana) que requería de un importante servicio de distribución en España. El dominico Aniceto Fernández, Presidente entonces de la CONFER, supo concienciar a sus colaboradores de la oportunidad que se presentaba para hacer saber a los españoles cuál era el servicio que esta institución prestaba a la sociedad: la operación, a juicio del autor, fue un rotundo éxito. Debe recordarse, en ese sentido, que la CONFER actuó de manera coordinada con *Caritas*, iniciándose una colaboración entre ambas que ha sido francamente fructífera a lo largo del tiempo. Esos servicios prestados por la CONFER

no serían sólo de tipo socio-económico, sino también, por ejemplo, médico, en todos los órdenes, lo que llevará al autor a hablar en profundidad del papel desempeñado por la *Federación Española de Religiosos Sanitarios* (FERS). Federación que, por cierto, también estaría dividida en una rama masculina y en otra femenina hasta que, de manera definitiva, se produjo la fusión de ambas (Decreto de 18 de noviembre de 1988).

La CONFER ha sido consciente no sólo de que debía estar presente en todos los lugares donde se requería su presencia, sino también que su intensa actividad apostólica debía ser comunicada para mejor conocimiento de todos. Sin embargo, como en tantas otras cuestiones, no se trató de algo fácil de llevar a la práctica. El caso más paradigmático quizá sea el del propio boletín de la CONFER, boletín que, teóricamente, debía haberse puesto en marcha prácticamente desde el inicio de la CONFER (en la primera Asamblea General, celebrada en Madrid el 26 de abril de 1954, se había aprobado la publicación de dicho boletín). Sin embargo, no fue hasta casi veinte años después (concretamente, marzo de 1970), cuando dicho boletín se convirtió en una realidad, y todo ello con acuerdos con la revista *Vida religiosa* por medio que finalmente tuvieron que romperse. En este tema, como en los anteriores, Rafael Lazcano demuestra un dominio muy importante de la cuestión que creemos que sólo puede ser producto de muchos años de trabajo. Destaca, en ese sentido, la capacidad que tiene para hacer un seguimiento de cada elemento objeto de su estudio. No se conforma con señalar su existencia o su importancia, sino que comenta el momento en el que tiene su inicio y las circunstancias que concurren en él, y, si se acaba produciendo un final, busca las razones por las cuales se produce, proporcionando, en definitiva, mucha solidez a todo lo que relata.

Desde esa perspectiva, la CONFER ha estado también presente en los temas de patrimonio histórico-artístico, en la consideración de que la Iglesia Católica española posea y posee un fortísimo protagonismo en el conjunto del legado artístico. Así, el autor concede un papel muy destacado a las *Jornadas de Patrimonio Cultural*, que se han celebrado desde 1992 con carácter anual. En ese sentido, Rafael Lazcano afirma que, aunque no le han sobrado los medios, la CONFER ha dispuesto siempre de ingresos suficientes para hacer frente a sus inversiones patrimoniales, a las actividades que ella misma había proyectado y a las necesidades derivadas de la existencia de diferentes departamentos. En el capítulo de ingresos, la mayor parte del dinero ha procedido de las cuotas de los afiliados de la CONFER, aunque, a la luz de los datos que nos muestra el autor, estos son francamente modestos.

Como decimos, pocos aspectos han escapado al control de la CONFER. Uno que ha sido objeto de la atención de ésta ha sido los servicios asistenciales para religiosos y religiosas, lo que llevó a la creación, en 1972, del Servicio Asistencial de la CONFER masculina y femenina (SERAS). Un servicio que, si en 1973 habían utilizado casi veinte mil personas, sólo seis años después, en 1979, había auxiliado a casi treinta y cinco mil. Por otra parte, la CONFER, como se pone de manifiesto en el siguiente capítulo, durante estos cincuenta años de existencia ha desarrollado una importante labor para estrechar lazos con otras conferencias de religiosos, incluso de países tan lejanos como Nicaragua o Venezuela.

Rafael Lazcano ha querido dedicar un espacio amplio a los que él considera grandes protagonistas de la Historia de la CONFER: los dominicos Aniceto Fernández (probablemente el auténtico promotor de la CONFER, institución que presidió entre 1953

y 1962) y Segismundo Cascón (1962-1966), el jesuita Luis González (1966-69), el corazonista Germán Lorente (1969-1970), el claretiano Luis Gutiérrez Martín (1971-1975), el salesiano José Antonio Rico (1975-1978), el también dominico Cándido Aniz (1978-1982), el jesuita Ignacio Iglesias (1982-1986), el clérigo de San Viator José María Legarreta (1986-1989), y de nuevo el dominico Santiago Pirallo (1989-1994, último Presidente de la CONFER exclusivamente masculina). Rafael Lazcano no se olvida tampoco de los Secretarios Generales, donde ha habido agustinos, franciscanos, carmelitas, claretianos... El autor también analiza las principales dirigentes de la CONFER femenina, cuya primera Presidenta fue una religiosa de Jesús María (María Fernanda Meseguer, 1968-1974). Desde el momento de la fusión de ambas CONFERS, la presidencia ha recaído siempre en manos de un varón, mientras la secretaria general ha sido ostentada siempre por mujeres.

Es a partir de aquí donde Rafael Lazcano inicia uno de los estudios más sistemáticos, que es la de la presencia de la CONFER en cada diócesis. Presencia que, desde luego, ha resultado extraordinariamente variada. En el caso de la diócesis de Palencia, por ejemplo, fue tal el clima de colaboración entre las CONFERS masculina y femenina, y a su vez de éstas con las autoridades del obispado, que desde el principio hubo una única delegación de CONFER: de hecho, el grado de compenetración fue quizá incluso excesivo, pues tanto centrarse en sí misma llevaría a que en la CONFER de Palencia se olvidaran prácticamente de colaborar tanto con la CONFER regional como con las CONFERS de otras diócesis, aunque el autor señala que este problema se iría corrigiendo a partir de los años 1984-1985. En el otro extremo se sitúa la diócesis de San Sebastián, cuyo obispo residencial, José María Setién, así como el clero diocesano y los fieles, mostraron un nulo interés por la existencia de la CONFER.

Como ya hemos dicho, además de existir CONFER en cada diócesis, también ha habido las llamadas CONFERS regionales. Así, en el nacimiento de dichas CONFERS tomaría un protagonismo fundamental la CONFER femenina, que impulsó la creación de una delegación en Barcelona a finales de los cincuenta a la que luego seguirían muchas más. Cada CONFER regional estaría compuesta de una Asamblea general y de una Junta directiva. Desde esa perspectiva, y a juicio del autor, un papel relevante ha sido el jugado por las reuniones de los secretarios de las CONFERS regionales. La primera reunión tuvo lugar en marzo de 1985, en Madrid, y a ella asistieron los secretarios generales respectivos de las CONFERS masculina y femenina, además de una representación de las CONFERS regionales de Aragón, Andalucía, Las Palmas de Gran Canaria, Castilla y León, Cataluña, Centro, Galicia, Extremadura, La Rioja y Murcia. Como en el caso de las CONFERS diocesanas, el autor analiza de manera muy detallada la actividad llevada a cabo por cada CONFER regional. Dentro de ellas, posiblemente el caso que más destaque sea el de la CONFER regional del País Vasco y Navarra, creada en marzo de 1971 y que también es conocida como *Unión de Superiores Mayores de Religiosos de Euskal Herria* (UNSE). Según el autor, desde su misma creación y a lo largo de los siguientes lustros, «ha vivido momentos de gran tensión política y eclesial», lo que explica que haya dedicado un significativo número de páginas a su desarrollo.

A partir de aquí, se inicia la parte final del libro, donde se dan datos estadísticos muy interesantes: religiosos/as de vida activa; asambleas generales; presidentes/as y secretarios/as generales; y órdenes, congregaciones e institutos religiosos (con toda la

información fundamental, como el año de fundación, el fundador, si la orden, congregación o instituto es masculino o femenino, etc.). La obra concluye con una potente bibliografía y con algo tan destacable como inusual: no sólo un índice onomástico, sino también uno temático, lo que, como ya hemos señalado al inicio, permite al lector ubicarse muy rápidamente en aquellas cuestiones y/o personajes que más le interesan. Todo esto nos permite volver a elogiar a Rafael Lazcano por brindarnos a los historiadores de la Iglesia una obra tan importante como necesaria, donde todo reconocimiento es poco porque, a partir de ahora, nuestra tarea será más sencilla y, al mismo tiempo, más completa en el más amplio sentido.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLLA SALUDES.